

MEDITACIÓN 70

Tendríamos que volver a los periódicos de hace ahora exactamente diez años, veinte años, treinta años. Pero aun sin eso, a ojo de buen cubero, parece que la entrada en los años setenta está siendo mucho más sonada que los inicios de las décadas anteriores. Como si del par de lustros cuyas primicias estamos ya gastando dependiera el porvenir de la Humanidad. Como si en vez de decenio estrenásemos siglo. Mucho se oye hablar, y lo que te rondaré, de «Poesía 70», «Arte 70», «Moda 70», «Trabajo 70», «España 70»...

También es más que nunca analizadora y crítica la mirada que echamos atrás, unos sin ira, otros con su miaja de rencor. Yo no recuerdo que aconteciera así, con tanta fuerza, a la hora del resumen en 1940, 1950, 1960. Claro está que las razones las ve cualquiera. En el 40 los españoles no teníamos la perspectiva del tramo decimal de los años treinta, roto por un abismo que no permitía asociar para nada el antes y el después de «aquello». Ya estaba bien con seguir respirando. En el 50 seguía la vida muy complicada. Se notaba más aire, pero todo el fuelle era poco para reconstruir. ¡Hala, todos a reconstruir! Al saltar el contador de los 50 a los 60, pienso yo que hubiera sido saludable echar pie a tierra y reconsiderar el camino hecho, que a veces no hay como perder el tiempo para ganarlo. Pero entonces los balances tenían mala prensa o no tenían ninguna. Los balances suelen ser menos agradables que los planes y los presupuestos.

Lo del 70, como decimos, se presenta muy dado a exámenes de conciencia (y en cuanto a propósitos de enmienda, ya lo veremos). Y no está mal que antes de seguir adelante volvamos la mirada al tiempo que permitió al hombre posarse en la Luna, el mismo de los horrores del Vietnam y de Biafra, del sacrificio de los Kennedy y de Lutero King, de los trasplantes y el Concilio, del despertar de un bloque de pueblos que ojalá no sea un tercero en discordia, de las demandas apremiantes de los jóvenes.

En medio de este afán colectivo que cubre los periódicos, la radio, la televisión y las conversaciones, no parecerá extraño que uno mismo, a lo individual e íntimo, haya querido echar algún cuarto de hora a reflexiones sobre sus propios años sesenta, tan recientes aún que cada día nos equivocamos más de una vez al escribir la fecha. Y esta breve, secreta meditación de apertura de año -de principios de decenio- me ha dado la satisfacción de sentirme a mí mismo «a la page», que dicen los franceses.

Bastante «in», como se cuenta ahora. Lo que se dice a punto, tal un motor con bastantes revoluciones en su historia, pero más eficaz incluso que en el rodaje de sus años primeros, con tal que no se le descuide el engrase. Sentiría que me lo tomaran a petulancia de varón ya «in mezzo del cammin di nostra vita» (la vida se ha alargado: me parece lícito establecer la mitad algo más allá que cuando el Dante), pero la verdad es que puedo ponerme a tono con las ideas de mis hijos, o de quienes podrían serlo. Me llegan sus versos, su música, su cine. Iguales deportes nos interesan. Soy capaz de hablar sin esfuerzo su mismo lenguaje, y no lo digo en un sentido conceptual, sino tal como suena: hablar con sus giros y -sus modas -qué sensibles a la moda son las palabras-, tanto como vestirme a la última sin que ni el espejo ni mi propia estimación se sobresalten. Por tener en común, hasta comprendo el gusto por esas chicas delgadísimas...

Y, sin embargo... (El adversativo, vaya por Dios, ya lo sugiere la gramática: una adversidad.) Y, sin embargo, hay un pequeño bache. No es ninguna sima, desde luego. Pero, ¡qué tontería!, uno no lo puede saltar. El baile. Es lo que a una generación la separa más de sus sucesores. Ni con el champán de la Nochevieja, ni arrebatados en la vorágine de la locura circundante, ni siquiera con la ayuda de las medias luces cómplices... La manera de coger el ritmo nuevo -de no cogerlo-, y más todavía el talante de tomar a la pareja. Sobre todo, de poner el brazo. En esto del brazo ya no hay salvación. Según arriba, o abajo, o con un ángulo de tantos grados, revelamos nuestra cronología.

Ya saben ustedes que en una fiesta, aún sin llegar a cogerla llorona, se pasa por menos de nada a la melancolía. La otra noche, después de las uvas, un anfiteatro de espejos insidiosos me delataba en un estilo conmovedoramente fiel a mi generación de «niños de la guerra», los que nos soltamos a bailar más que en las «boites» en los merenderos. No, no se puede. Si uno intenta entrar en el ritmo de los absolutamente, insolentemente jóvenes, se da cuenta de que ensaya un trasplante condenado al rechazo. Todas las otras cosas, sí. Hacer con ellos una partidita de tenis, todavía sí.

Antonio PEREIRA